

han perdido su influencia y otros, lejos de colaborar en la obra educadora, la contrarian y comprometen: Por una parte, la religión ha visto debilitarse su acción; no es ya, como antes, la potencia tutelar á cuya sombra crecían tranquilamente las generaciones jóvenes, y es necesario que por medio de los progresos de la razón y del desarrollo de la moralidad, la educación compense el decaimiento de la influencia religiosa.

Por otra parte, las condiciones sociales, el progreso mismo de la libertad civil y de la libertad política, la mayor independencia otorgada al niño en el seno de la familia, la multiplicación de los libros, malos y buenos, todos esos agentes, en fin, colaterales de la educación, no son siempre sus auxiliares complacientes y útiles, y se convertirían más bien en cómplices de una decadencia moral si los educadores no hicieran vigoroso esfuerzo para obrar, tanto en las voluntades y en los corazones, como en los pensamientos y para fundar las buenas costumbres y asegurar el levantamiento de nuestro país.

HISTORIA

DE

LA PEDAGOGÍA

LECCIÓN Iª

LA EDUCACIÓN EN LA ANTIGÜEDAD

Consideraciones preliminares. — *La educación entre los Indos.* — Política de casta y panteísmo religioso. — Consecuencias pedagógicas. — Reforma búdica. — Conversación entre Buda y Purna. — Prácticas pedagógicas. — *La educación entre los Israelitas.* — Edades primitivas: educación religiosa y nacional. — Adelantos de la instrucción popular. — Organización de las escuelas. — Respeto á los maestros. — Métodos y disciplina. — Espíritu exclusivo y envidioso. — *La educación entre los Chinos:* espíritu formalista. — Lao-tsé y Cong-tsé (Confucio). — La educación en los otros pueblos de Oriente: los Egipcios y los Persas.

Consideraciones preliminares. — Un historiador alemán de la filosofía empieza su trabajo, haciendo esta pregunta: « ¿Fué filósofo Adán? » De igual manera, algunos historiadores de la pedagogía dan principio á su tarea con sabias investigaciones sobre la pedagogía de los salvajes. No llevaremos las nuestras á ese extremo. Es indudable que desde el día en que vivió una familia humana, en que un padre y una madre amaron á sus hijos, existió la educación; pero poco es el interés práctico que ofrece el estudiar esos oscuros principios de la pedagogía y sólo pueden ser asunto de erudición y curiosidad, pues además de que es muy difícil recoger los débiles vestigios de la educación primitiva, obtendriase poco provecho en seguir, penosamente, las largas vacilaciones de los primeros hombres. La historia de la pedagogía no data, en realidad, más que desde la época, relativa-

mente reciente, en que el pensamiento humano sustituyó en la educación, el instinto con la reflexión y la ciega naturaleza con el arte. Por lo tanto, nos apresuraremos á abordar el estudio de la pedagogía en los pueblos clásicos, entre los Griegos y los Romanos, después de dirigir una rápida ojeada sobre algunas sociedades orientales, consideradas sea en su cuna y en sus lejanos orígenes, sea en su desarrollo más moderno.

La pedagogía de los Indos. — No podría ser cuestión, en estos momentos, de entrar en detalles sobre una civilización tan extraña á la nuestra, como la de los Indos; pero no debemos olvidar que somos en parte los descendientes de ese pueblo, que pertenecemos al mismo grupo étnico y que las lenguas europeas derivan de la suya.

Política de casta y panteísmo religioso. — El espíritu de casta, desde el punto de vista social, y el panteísmo, desde el punto de vista religioso, tales son las características de la sociedad inda. Las castas indias constituían clases hereditarias en que el rango social y el destino de la vida estaban determinados, no por la libre elección, sino por el nacimiento. De aquí resultaba una rutina eterna y el ningún cuidado ni de la individualidad, ni de los talentos personales, ni de las inclinaciones de los niños y la imposibilidad de elevarse por el esfuerzo propio. Por otra parte, las ideas religiosas venían á limitar aún más, en los cuadros en que ya estaba aprisionada, la actividad del joven Indo. Dios está presente en todas partes; manifiéstase en los fenómenos del cielo y de la tierra, en el sol y en los astros; en el Himalaya y en el Ganges; todo lo anima y lo penetra; las cosas sensibles no son más que el ropaje cambiante y efímero del ser inmutable. « Con esta concepción panteística del mundo y de la vida, el pensamiento y la voluntad del Indo se extinguían en la mística contemplación del alma. Dominar sus inclinaciones, abandonar todo pensamiento terrestre, confundirse y aniquilarse desde esta vida en la naturaleza divina y prepararse por medio de maceraciones y penitencias á la submersión total en el principio primitivo de todo ser, constituye la sabiduría

más alta, la verdadera felicidad del Indo y el ideal de toda educación sería (1) ».

Consecuencias pedagógicas. — Ya se adivina lo que podía ser la educación bajo el yugo de esas dobles cadenas sociales y religiosas. Mientras que en nuestras sociedades modernas el ideal es independier al hombre y érear la persona humana libre y consiente de sí misma, el esfuerzo de los brahmanes indos tendía sobre todo á borrar toda espontaneidad y á abolir las disposiciones individuales, predicando la doctrina del renunciamiento absoluto de sí mismo, del servilismo voluntario y del desprecio de la vida. Entonces nacía el hombre doblemente esclavo tanto por su condición social, que lo predestinaba al rutinario aprendizaje del estado de sus antepasados, como por su dependencia misteriosa con el ser divino, que absorbía en él toda actividad real y no dejaba para los seres humanos más que la engañosa y frágil apariencia.

Reforma búdica. — La reforma búdica, que sobrevino en el seno del brahmanismo hacia el siglo décimosexto antes de Jesucristo, no modificó sensiblemente, desde el punto de vista de la educación, las ideas de los Indos. También Buda enseñó que la causa del mal reside en las pasiones humanas y que para alcanzar la paz moral no podía emplearse más medio que el de la abdicación de sí mismo y el renunciamiento á todo egoísmo y á toda personalidad.

Conversación entre Buda y Purna. — Una de las tradiciones que nos permiten apreciar mejor el carácter original, á la vez cándido y conmovedor del pensamiento indio, es la plática de Buda con su discípulo Purna, acerca de un viaje que este último iba á emprender al país de los bárbaros para enseñarles la nueva religión :

« Son, le dice Buda, hombres irritables, crueles, coléricos, furiosos, insolentes y ¿ qué pensarás si te lanzan al rostro palabras malas ó groseras ó si se encolerizan contra tí? — Si me lanzan al rostro palabras insolentes y groseras, he aquí lo que pensaré : Esos hombres que me dicen palabras malas, pero que no me pegan ni con la

(1) Dittes, *Histoire de l'éducation et de l'instruction*, traducida por Redolfi, 1880, p. 38.

mano ni con piedras, son ciertamente hombres buenos. — Pero si te pegan con la mano y con piedras ¿qué pensarás de ellos? — Pensaré que son hombres buenos, hombres dulces, aquellos que me pegan con la mano y con piedras, pero que no me pegan ni con el palo ni con la espada. — ¿Y si te pegaran con el palo y con la espada? — Son hombres buenos, son hombres dulces los que me pegan con el palo y con la espada; pero que no me privan completamente de la vida. — ¿Y si te privaran completamente de la vida? — Son hombres buenos, son hombres dulces, los que me libran con tan poco dolor de este cuerpo lleno de manchas. — ¡Bien, Purna, bien! Puedes habitar en el país de esos bárbaros. Vé á él, Purna: libertado, liberta; consolado, consueta; llegado al completo nirvana, haz que los demás lleguen á él! (1) »

Cuanto tiene de admirable semejante moral por lo extraña, no debe disimularnos los vicios de las consecuencias prácticas que de ella resultaban: abuso de la resignación pasiva, ausencia completa de la idea de derecho y de la idea de justicia y ninguna virtud activa.

Prácticas pedagógicas. — Poco conocidas son las prácticas pedagógicas de los Indos. Digamos, sin embargo, que los brahmanes, los sacerdotes, eran los dueños exclusivos de la educación. La mujer, que dependía absolutamente del hombre, permanecía alejada de toda instrucción.

En cuanto á los niños, parece que siempre hubo en la India escuelas primarias para su uso; escuelas que se tenían en pleno campo, al abrigo de los árboles ó de tejados, en caso de mal tiempo. La enseñanza mutua se practicó allí desde la más remota antigüedad y en la India fué donde el inglés Bell recogió, en efecto, á fines del siglo décimoctavo, la tradición de ese modo de enseñanza. Los ejercicios de escritura se ejecutaban primero sobre la arena con un palo; luego sobre hojas de palmera con estiletes de fierro, y por último sobre hojas secas de plátano, con tinta. La disciplina no excluía los castigos corporales y, además de la flagelación, el maestro empleaba otros medios originales: verbigracia el de arrojar agua fría sobre el culpable. Por lo demás, el maestro disfrutaba de religioso respeto y el niño debía venerarlo como al mismo Buda.

Los estudios elevados se reservaban para la casta de

(1) Burnouf, *Introduction à l'histoire du Bouddhisme*, pag. 252.

los sacerdotes que mucho tiempo antes de la era cristiana cultivaron con éxito la retórica y la lógica, la astronomía y las matemáticas.

La educación entre los Israelitas. — « Si algún pueblo ha demostrado el poder de la educación, ese pueblo es, sin duda, el israelita. (1) » ¡Qué espectáculo tan singular nos ofrece, en efecto, esa nación que desde hace mil ochocientos años de su territorio, se ha dispersado entre los pueblos sin confundirse con ellos y que continúa subsistiendo sin patria, sin gobierno y sin jefe y conservando con vivaz energía, sus hábitos, sus costumbres y su fé! Sin negar lo que en esa vitalidad extraordinaria del pueblo judío, corresponde á los dones naturales de la raza, á su temperamento tenaz y á su prodigiosa actividad de espíritu, justo es atribuir una parte de la misma á la profunda educación, á la vez religiosa y nacional, cuya tradición transmitieron los primeros hebreos á sus descendientes.

Edades primitivas, educación religiosa y nacional. — Lo que en los tiempos remotos caracterizaba en primer lugar la educación de los Hebreos, era su naturaleza esencialmente doméstica. Durante todo el período bíblico no se encuentran vestigios de escuelas públicas, á lo menos para los niños, y la vida de familia es el principio de esa sociedad primitiva en que era casi desconocida la noción del Estado y en que Dios era el verdadero rey.

El niño debe convertirse en fiel servidor de Jehová y para ello no es preciso que adquiera grandes conocimientos. Sólo importa que aprenda, por la palabra y el ejemplo instructivo de sus padres, las reglas morales y las creencias religiosas. Con mucha razón se ha dicho (2): « En todas las naciones, la dirección que se da á la educación, depende de la idea que aquéllas se forman del hombre perfecto. Entre los Romanos, es el soldado valiente, duro para el cansancio y dócil á la disciplina; entre los Atenieses es el hombre que reúne la feliz armonía de la perfección moral y de la perfección física; entre los Hebreos, el

(1) Dites, *obra citada*, pag. 49.

(2) *L'éducation et l'instruction chez les anciens Juifs*, por J. Simon, pag. 16.

hombre perfecto es el hombre piadoso, virtuoso y capaz de alcanzar el ideal, trazado por Dios en estos términos : « Sed santos, como yo, el Eterno, soy santo (1). »

Ruda era la disciplina, como diversos pasajes de la Biblia lo demuestran : « Quien detiene la vara odia á su hijo, dicen los *Proverbios*; mas el que le ama lo corrige con empeño (2). » — « No le niegues al niño la corrección, pues si le castigas con la vara, no morirá. — Castigale y librarás su alma del sepulcro (3). » Y lo que es aún más expresivo : « Castiga á tu hijo mientras haya esperanza; pero no te dejes arrastrar hasta matarle (4). »

Según parece, solamente los niños aprendían á leer y á escribir. En cuanto á las jóvenes, enseñábanlas á hilar, á tejer, á preparar las comidas, á vigilar las labores domésticas y también á cantar y á bailar.

En resumen, la cultura intelectual no era más que un accesorio en la educación primitiva de los Hebreos; lo importante, para ellos, era la enseñanza moral y religiosa y también la educación patriótica. Los padres enseñaban á sus hijos la historia nacional, los grandes acontecimientos que habían marcado el destino del pueblo de Dios, y la serie de tales sucesos que se celebraban con suntuosas fiestas, repetidas á menudo y en las cuales tomaban parte los niños. llenaban sus corazones á la vez de gratitud hacia Dios y de amor á la patria.

Progresos de la instrucción popular. — No es fácil suponer hasta qué punto se desarrolló entre los antiguos judíos el cuidado por la instrucción, en los años que siguieron al advenimiento del cristianismo. De doméstica, como hasta entonces había sido, la educación judía se convierte en pública. Además, ya no se contentan con inculcar en los niños buenos principios y sanas costumbres morales, sino que se quiere también instruirlos. Desde los primeros siglos de la

(1) *Levit.*, XIX, 2.

(2) *Prov.*, XIII, 24.

(3) *Ibid.*, XXIII, 13 y 14.

(4) *Ibid.*, XIX, 18.

era cristiana, los Israelitas, en lo que concierne á la obligación y á la universalidad de la instrucción, se acercaban á nuestro ideal moderno. Como todos los pueblos vencidos pero fuertes, cuya energía sobrevive á la derrota; como los Prusianos después de Iena, como los Franceses después de 1870, los Judíos procuraron por medio de un gran esfuerzo intelectual, defenderse contra la conquista y preparar el desquite por el desarrollo de la instrucción.

Organización de las escuelas. — El año de 64 el gran sacerdote Josué Ben Gamala impuso á cada ciudad, bajo pena de excomunión, la obligación de sostener una escuela y si la población estaba dividida por un río y no había puente sólido para cruzarlo, debía crearse otra escuela en los arrabales. Aún en la actualidad estamos muy lejos de haber realizado, en lo que concierne al número de escuelas y de maestros, esta regla señalada por el Talmud : « Si el número de niños no pasa de veinticinco, la escuela será dirigida por un solo maestro; pasando de veinticinco, la ciudad pagará un adjunto y si el número excede de cuarenta serán necesarios dos directores. »

Respeto á los maestros. — ¡Qué idea tan noble y elevada se tenía desde entonces de los maestros, de « esos verdaderos protectores del pueblo! »; ¡Qué exigentes se manifestaban ya para con ellos; pero en cambio cómo se estimaban y respetaban! Los rabinos exigían qué el maestro de escuela fuese casado : desconfiaban de los profesores que no eran á la vez padres de familia. ¿Acaso pueden hacerse valer más delicadamente las ventajas de la madurez y de la experiencia, que en el siguiente encantador lenguaje? « El que aprende algo de un maestro joven, se asemeja al hombre que come uvas verdes y que bebe el vino que acaba de salir de las cubas del mosto; pero el que tiene un maestro de cumplida edad se parece al hombre que come uvas maduras y exquisitas y bebe vino añejo. » La duzura, la paciencia y el desinterés, eran recomendados como las virtudes principales del instructor : « Si vuestro maestro y vuestro padre, dice el Talmud, necesitan de vuestra ayuda, socorred á vuestro maestro antes que á vuestro padre : éste no os ha

dado más que la vida de este mundo, en tanto que aquél os ha procurado la vida del mundo venidero, »

Métodos y disciplina. — El niño entraba á la escuela á la edad de seis años. « Si se lleva á tu escuela á un niño menor de seis años, no hay que recibirlo, » dice el Talmud; y para indicar que desde esa edad conviene recobrar el tiempo perdido, el Talmud agrega: « Después de los seis años, recíbelo y *cárgalo como un buey.* » Otros doctores de la misma época, más juiciosos y entendidos, recomiendan, por el contrario, la moderación en el trabajo y dicen que hay que tratar « á los pequeños según sus fuerzas y según sus fuerzas á los grandes. »

Lo que se enseñaba en esas escuelas judías era, con la lectura y la escritura (1), algo de historia natural y mucho de geometría y de astronomía. Naturalmente, la Biblia era el primer libro que se ponía en manos de los niños. El maestro mezclaba sin cesar lecciones morales con la enseñanza de la lectura, procuraba, con especial cuidado, obtener una pronunciación correcta y multiplicaba sus explicaciones á fin de que le comprendieran bien, repitiendo su comentario hasta *cuatrocientas veces* si era preciso.

Según parece, los métodos eran sugestivos y atractivos y la disciplina relativamente suave. Ya no se resentía de la dureza proverbial de las primeras épocas. « Los niños, dice el Talmud, deben ser castigados con una mano y acariciados con las dos. » El espíritu cristiano, el espíritu del que había dicho: « Dejad que los niños se acerquen á mí », había penetrado hasta en los mismos judíos. Sin embargo, tolerábanse los castigos corporales en cierto grado y, cosa extraña, sólo para los niños mayores de once años; desde esta edad, podía privarse de pan al niño indócil y aún pegarle con una correa de calzado.

Espíritu exclusivo y envidioso. — Los elogios que la educación judía merece, tienen sin embargo

(1) ¿Qué métodos se seguían para la lectura y la escritura? M. Renan, en su *Vida de Jesús*, nos dice: « Jesús aprendió á leer y á escribir, sin duda según el método de Oriente, que consiste en poner en manos del niño un libro que repite á compás con sus pequeños camaradas, hasta que lo sabe de memoria. »

sus reservas. El espíritu de los judíos era limitado, mezquino y malqueriente para el resto del género humano. Algo ha quedado de esas tendencias envidiosas y exclusivas, aun en los israelitas de nuestra época. A principios de la era cristiana, todo lo que venía de fuera, todo lo que no pertenecía á la tradición nacional, era proscrito por los judíos con patriotismo áspero y desdeñoso; nada de la cultura griega ó romana penetraba en aquel mundo cerrado y los doctores palestinos envolvían con igual desprecio « al que cria puerco y al que enseña á su hijo la ciencia griega. »

La educación entre los chinos. — Hemos procurado poner de relieve las costumbres pedagógicas de los dos pueblos orientales con los que la civilización de Occidente tiene más puntos de contacto. Algunas palabras bastarán para las otras sociedades primitivas cuya historia es demasiado poco conocida y la civilización demasiado alejada de la nuestra para que su pedagogía no sea sino asunto de mera curiosidad.

La China estuvo civilizada desde tiempo inmemorial y en todas las épocas de su larga historia, asemejase á sí misma. Una absoluta uniformidad caracteriza desde hace más de tres mil años á ese pueblo inmóvil; todo se rige en él por la tradición; la instrucción es allí maquinal y formal; los maestros se preocupan exclusivamente en hacer adquirir una habilidad mecánica, una rutina regular y segura, y se cuidan más de las apariencias y de la manera de obrar conveniente, que de la moralidad íntima y profunda. La vida no es más que ceremonial minuciosamente determinado y puntualmente seguido: no hay libertad ninguna, no hay el menor impulso de espontaneidad; en el arte, un no sé qué refinada y mezquinamente bonito: nada grande ni elevado. Por su formalismo, los pedagogos chinos son los jesuitas del oriente.

Lao-tsé y Cong-tsé. — Hacia el siglo décimosexto antes de Jesucristo, aparecieron en China dos reformadores: Lao-tsé y Cong-tsé. El primero representaba el espíritu de emancipación, de progreso, de investigación y de protesta contra la rutina, y fracasó.

El segundo, que se hizo célebre con el nombre de Confucio y á quien la tradición atribuye más de tres mil discípulos inmediatos, hizo, por el contrario, triunfar sus ideas de moralidad práctica y utilitaria, fundada tanto en la autoridad del Estado y de la familia, como en el interés del individuo.

Una cita de Lao-tsé probará que desde el siglo XVI, el pensamiento humano había tomado en China un vuelo elevado :

« Si creyéramos á ciertos malos soberanos, sería preciso dejar vacíos el corazón y el espíritu del hombre, llenando, en cambio, su vientre ; sería necesario fortalecerle los huesos más que la fuerza de voluntad y aspirar siempre á que el pueblo permaneciera en la ignorancia ; pues entonces no pide mucho... Es difícil, dicen también, gobernar un pueblo que sabe demasiado... Estas doctrinas se oponen directamente á lo que se debe á la humanidad. Es preciso que los gobernantes se dirijan al pueblo con la palabra y con la doctrina y que en lugar de oprimirlo y tratarlo servilmente, le hagan el bien de cuantas maneras puedan. »

Ó en otros términos, sólo ilustrando al pueblo y consagrándose con bondad á sus intereses, se merece gobernarlo.

Si los Chinos no han retenido por completo esos consejos sabios y elevados, parece, á lo menos, que en todo tiempo han hecho esfuerzos por difundir la instrucción. « La China es seguramente el país en donde la instrucción primaria está más difundida, » decía osadamente M. Hue, misionero en esa nación. También un escritor alemán afirma que no hay en China pueblo ni aldea, por miserables y modestos que sean, que no estén provistos de una escuela cualquiera (1). En un país de tradición, como lo es el de que hablamos, puede deducirse de lo que existe ahora lo que existía antes. Sólo que esa instrucción tan difundida, es completamente superficial y no tiende sino á la cultura externa. Como lo dice M. Dittes, el método pedagógico de los Chinos consiste, no en desarrollar, sino en comunicar (2).

(1) Véase en el *Diccionario de Pedagogía* de M. Buisson, en el artículo *China*, una serie de interesantes documentos sobre el estado actual de la educación en China.

(2) Dittes, *obra cit.*, pag. 32.

La educación entre los otros pueblos de Oriente. — De todas las sociedades orientales, el Egipto es aquella en que parece haberse elevado á mayor altura la cultura intelectual, pero sólo en algunos individuos privilegiados. Allí, como en la India, la casta de los sacerdotes se reservaba el privilegio de la ciencia y conservaba celosamente el depósito de conocimientos misteriosos que no comunicaba más que á los reyes. El pueblo, dividido en clases de obreros, sujetos, de padre á hijo, al mismo estado social, apenas aprendía lo que se necesitaba para ejercer los tradicionales oficios é iniciarse en las creencias religiosas.

En la sociedad, más literaria y mucho menos teocrática, del pueblo persa, hiciéronse, por el contrario, esfuerzos en favor de una educación general. El dualismo religioso que distinguía el principio del bien, Ormuz, del principio del mal, Ahriman, y que prometía al primero la victoria, imponía, en cada hombre, el deber de cooperar á ese triunfo definitivo, practicando él mismo el bien ; de lo cual resultaban nobles tentativas por alcanzar la perfección física y la perfección moral. La educación frugal y sobria de los Persas ha despertado la admiración de ciertos escritores griegos, especialmente de Jenofonte, y se volverá á encontrar en la *Ciropeia* el cuadro conmovedor de las costumbres esforzadas y virtuosas de los primeros Persas.

Resumiendo : la historia de la pedagogía entre los pueblos orientales nos ofrece pocos ejemplos que imitar. Lo que en diversos grados, caracteriza la educación primitiva, es que constituye el privilegio de determinadas clases ; que casi siempre está excluida de ella la mujer ; que para el pueblo sólo es cuestión de aprendizaje de un oficio ó del arte de la guerra ó de preparación para la vida futura ; que no se hace ningún llamamiento á la libre energía de los individuos y que las grandes masas populares de la antigüedad vivían generalmente bajo la abrumadora opresión de las ideas religiosas, de las tradiciones inmóviles y del despotismo político.